

## **INFORMACION BIBLIOGRAFICA**

### **COMENTARIOS ANTE DOS IMPORTANTES PUBLICACIONES DE NUMISMATICA ROMANA**

FERNANDO GIMENO RÚA

No es necesario insistir sobre la importancia y el interés de la Numismática romana, tanto si la consideramos en general, como si la referimos concretamente a nuestra Antigüedad. La evolución y expansión monetar de Roma, especialmente en el período preimperial, es decir, las cuatro centurias durante las cuales Roma emite las monedas correspondientes y afirma su presencia, al mismo tiempo que va estableciendo las directrices de la proyección histórica según las cuales su personalidad política quedará configurada, no puede ser indiferente para nosotros. Como es sabido, la expansión territorial y la previa consolidación de la base mediterránea, comporta lógicamente la implicación de la Península Ibérica en una etapa muy concreta y decisiva —la guerra annibálíca— con la subsiguiente incorporación al ecumene romano.

En las interacciones de todo tipo determinantes de tal estado de cosas, el fenómeno numismático, conocido en conjunto como moneda —o Numismática— hispánica, ocupa un lugar relevante y de la mayor importancia, tanto mayor cuanto más controvertido aunque sea en sus detalles y, por ello mismo, reclamando una constante y vigilante atención para cuanto de algún modo pueda repercutir sobre sus términos o su planteamiento. Procede ahora recordar dos cosas: el romanismo que la mayor parte de la opinión autorizada atribuye casi por entero —en algún momento lo hizo de una forma total y excluyente— a estas monedas y, por otra parte, la actitud, sin dificultad perceptible ya en lo poco que llevo dicho, según la cual la trama de las tensiones mediterráneas, inseparable del fenómeno monetar hispánico, es una cuestión fundamental y previa.

Me inclino a la creencia de no estar muy descaminado al incluir las obras a que me refiero entre las más importantes de las que han accedido a nuestras librerías en los últimos tiempos. Si bien, al comparar las fechas

respectivas, tengamos la impresión de que, según el ritmo científico moderno no muy operante entre nosotros, la calificación de una correlativa actualidad pueda ser discutible.

La primera es el fascículo 222 de la Biblioteca de las Escuelas Francesas de Atenas y Roma, editado por la Escuela Francesa de Roma en 1973, en dos volúmenes donde, bajo el título de *Moneta*, Hubert Zehnacker (1) reúne los resultados de varios años de labor, verificada con propósito exhaustivo y asimilando aportaciones de positivo valor, sobre todo por la amplitud de las miras con que son incorporadas.

La segunda, editada por la Cambridge University Press en 1974, es obra del eminente y bien conocido investigador Michael H. Crawford (2), también en dos volúmenes dedicados a la moneda romana republicana. Sus resultados, igualmente exhaustivos, aparecen expuestos en una forma más escueta, concisamente esquemática si se quiere, aunque sin merma de la indispensable amplitud. Este planteamiento parece natural si tenemos en cuenta que el autor ha llegado a este punto después de una dilatada labor investigadora, comenzada —según él mismo nos refiere— en 1961, como consecuencia de la necesidad de superar los problemas planteados por la moneda romana en orden al fundamento de sus estudios de economía sobre sólidas bases.

Las diferencias entre una y otra se comprende que habrán de ser en consecuencia considerables. Quienes se inclinen hacia un método de sugerencias preferirán la obra francesa, mientras quienes prefieran un método de resultados optarán por la inglesa. Mi propósito está muy lejos de comentar ambas bajo un ángulo en demasía estrecho, es decir, ante un arco de muy exigua luz en proporción a su radio, y eludir el objeto principal volviéndome hacia esa crítica pedantesca, para mí inconsistente y estéril, que consiste en la obsesiva persecución y captura de defectos. Antes bien, considero mucho más útil atender a la importancia, dimensiones y calidad global de estos trabajos, sabiendo que toda obra va acompañada de inevitables deficiencias por buena que sea. Otra cosa sería si de ello pudiera derivarse un concepto gravemente equivocado; supuesto ni remotamente previsible en este caso.

Insiste Zehnacker en una idea directriz básica, consistente en anteponer un planteamiento de conjunto a la ordenación cronológica de las

(1) Zehnacker, Hubert: *Moneta. Recherches sur l'organisation et l'art des émissions monétaires de la République romaine* (289-31 av. J.-C.), 2 vols. *Bibliothèque des Ecoles françaises d'Athènes et de Rome. Fascicule deux cent-vingt-deuxième. Ecole française de Rome. Palais Farnèse, Rome, 1973.*

(2) Crawford, Michael H.: *Roman Republican Coinage*, 2 vols. *Cambridge University Press. First published, 1974.*

emisiones clásicas republicanas. Es muy interesante y útil hacerse eco de este criterio, así como de la evidente diferencia entre las emisiones anteriores al 120 y las posteriores a esta fecha, sin duda concordante aunque no coincidente con la de 133, por muchos autores considerada como la inicial de cambios consustanciales de todo orden, pero principalmente en el social y económico, y forzosamente, por tanto, en el monetario. Para la fase inicial se apoya preferentemente en Thomsen (3) y reserva su atención directa para las emisiones subsiguientes que denomina muy acertadamente clásicas, en definitiva posteriores al 211.

Bajo estas premisas, su programa se orienta a que ninguna incógnita quede por examinar, y en la exposición del proceso adopta un estilo narrativo que hace de su lectura una fuente de estímulo extraordinariamente fructífero en cuanto a perspectivas de trabajo; diríamos que no es un libro para establecer conclusiones, sino para proponer iniciativas. Desde el estudio del cuadro general de las emisiones monetales en Roma, llega al examen individual de las series familiares. Para ello se enfrenta con todos los problemas, siguiendo un método convergente donde son admitidos los apoyos argumentales procedentes de otros campos. Con este sistema las cuestiones aparecen con una entidad distinta y se ven bajo una nueva luz. En síntesis, el contenido axiológico de la obra se polariza en tres opciones fundamentales: el estudio técnico y material de la amonedación, el estudio administrativo y social y el estudio tipológico-estilístico. En cualquiera de estas direcciones los problemas que integran el proceso histórico que conocemos con el nombre de *moneda romana republicana*, recibe el tratamiento necesario y la solución posible. Ahora bien, sin soslayar ningún aspecto, sea técnico, económico, histórico, social, político, estilístico y aun biográfico. Ni tampoco, como hemos visto, ninguna sugerencia ajena a los estrictos límites numismáticos. Puede suponerse el alcance y volumen del aparato bibliográfico consiguiente. Sería inútilmente prolijo enunciar las cuestiones de detalle que son examinadas. Señalaré, por su particular interés, el análisis estilístico de las emisiones, considerado sobre la base de las circunstancias históricas concurrentes, donde se trata por extenso la iconografía personal, los valores plásticos con su función enunciativa de carácter heráldico y la evolución de todos estos elementos.

Una concepción enteramente distinta es la que preside la obra de M. H. Crawford. Es posible que para muchos de nosotros signifique un

(3) Thomsen, Rudi: *Early Roman Coinage. A study of the Chronology*, 3 vols. *Nationalmuseets Skrifter. Arkaeologisk-Historisk Raekke* V, IX y X, København, 1957 y 1961.

más útil instrumento de trabajo, sin duda por la innegable comodidad que representa la localización sin obstáculos del dato concreto que se necesita. Pero es necesario tener la precaución de no dejarse llevar por esta facilidad primaria y no deducir de ella, sin más, conclusiones de valor científico, con mayor razón si ha de ser para hacer aplicación de ellas al campo de la investigación local. La obra de Crawford merece y ofrece mucho más, y la consideración atenta de sus proposiciones conduce a un conocimiento profundo y diríamos que definitivo sobre la moneda romana republicana, así como a la formación de unos condicionamientos de criterio, los cuales como mínimo habrían de anteponerse a la iniciación de cualquier clase de reflexión sobre materias afines.

En realidad, la extensión y profundidad del trabajo realizado por Crawford es equivalente al de Zehnacker —sin que ello ni cuanto sigue signifique insinuar comparación alguna de valor estimativo, cosa carente de utilidad por otra parte— y las cuestiones tratadas son análogas. La diferencia, ya lo he indicado, reside en que Crawford las trata de una forma completamente distinta, como podremos ver. Su método responde al criterio estricto y escueto preferido en la investigación numismática británica. En este sentido, se concede una indiscutible importancia a la definición cronológica de las emisiones y al catálogo ordenado y descriptivo de las mismas. Así, en el primer volumen quedan resueltas estas cuestiones y todas las demás concomitantes. El segundo viene a ser como la explicación ampliada de los problemas fundamentales que afectan a los aspectos técnicos, administrativos, económicos y artísticos. Los principios técnicos que están en el origen del criterio aplicado, van expresamente declarados en las palabras iniciales del autor, quien subordina la eficacia como fuente histórica de esta parcela de la Numismática romana al cumplimiento de tres condiciones: primera, inventario completo y minucioso de los materiales; segunda, establecimiento del cuadro cronológico; tercera, identificación de los centros de emisión o cecas.

En cuanto a las dos grandes etapas que se distinguen inequívocamente y a primera vista en este período monetario no establece diferencias vinculadas de modo expreso a una fecha o a una conjunción técnica-estilo como suele hacerse en general, enunciando una etapa «primitiva» y otra «clásica», pues si bien en realidad viene a ser lo mismo, consecuente con sus principios se basa en una continuidad argumental de naturaleza económica inherente a la propia moneda, con lo cual los términos de la diferenciación son enteramente lógicos y concluyentes. Crawford distingue entre una etapa de la moneda de plata de peso 6 escrúpulos (6,8 g., aprox.) «didracmas» y otra de peso 4 escrúpulos (4,5 g.,



aproximadamente) «denarios». También dedica atención preferente a la segunda.

Acaso no sea enteramente necesario, pero pienso que tampoco será abusivo subrayar que ambos autores admiten la fecha inicial del denario vinculada con el 211 a. C.

Téngase en cuenta, insistiendo en el alcance de la obra, que con las descripciones individuales de las piezas que integran el catálogo se exponen los comentarios pertinentes de cualquier orden que sea necesario, aclarando las circunstancias particulares de matiz histórico. Son considerables los argumentos estadísticos, desplegados en abundantes, detallados y completos cuadros sinópticos. Y entre las láminas, con un completo inventario de tipos, destacan cinco de ellas dedicadas a la reproducción, en dibujo de línea, de símbolos y marcas.

En resumidas cuentas, el carácter diferencial de esta obra consiste en que no da cabida a la narración discursiva, sino que, de entrada, propone un amplio cuadro de conclusiones precedido de unas elementales y breves notas de orientación, indispensables para su adecuado manejo y comprensión. Se da evidentemente por sentado que cualquier clase de reflexión es una cuestión subjetiva cuyo planteamiento y desarrollo corresponden a una zona externa a la que está ya definida o delimitada por las conclusiones expuestas. Podríamos suponer que ello responde a la trayectoria profesional del autor, originariamente interesado por la historia —por tanto propicio a que los trabajos instrumentales o auxiliares se mantengan dentro de los límites propios— cuanto al estilo que hoy día podemos ya considerar como tradicional en la investigación británica sobre estos temas. Sea como sea, no cabe duda de que este trabajo es muy atrayente para quienes no desean tropezar con trabas o interferencias para los fines de su actividad; si bien repito lo dicho: no debe olvidarse que el amplísimo y denso compendio de conclusiones ofrece prácticamente toda suerte de oportunidades teoréticas.

No sería exacto ni tampoco significaría nada decir que estas publicaciones representan una novedad en el campo de la Numismática antigua. En primer lugar porque, estrictamente hablando, sabemos que no lo son. Y además porque no respondería al verdadero efecto producido por su aparición. Es más acertado enfrentarnos con ellas con la mezcla de atención y curiosidad que suscita un acontecimiento. En consecuencia, hubiera sido insuficiente —o inoperante— reducir la noticia sobre ellas a una escueta ficha bibliográfica, acompañada de un extracto del contenido. Si pretendemos justipreciarlas a partir de su confrontación con el esquema enunciado como «acontecimiento», es necesario manifes-

tar, cuando menos, el porqué. Por lo pronto, diremos que cabe admitirlo así en cuanto vienen a completar un ciclo antes de ellas inconcluso y a confirmar un conjunto de presupuestos sobre cuya trabazón es ahora posible alcanzar una noción más coherente —yo añadiría que definitiva; sin olvidar el valor relativo de éste y otros conceptos— acerca de la Numismática romana republicana y, sobre todo, disponer de perspectivas con mayor estabilidad para su aplicación a cualquier otra materia que tenga relación con ella. Y antes de proseguir quiero hacer constar el alcance enteramente subjetivo de mis afirmaciones, apelando al estricto y equitativo postulado de reciprocidad en la independencia de criterio, para lucrarme también de ella.

Descendiendo a un terreno pragmático, a partir de ahora este período de la Numismática romana es asequible por entero a base del empleo de cuatro instrumentos que, designándolos por los nombres de sus autores, son: Sydenham (4), Thomsen, Zehnacker y Crawford. Esto equivale a decir que las obras aquí comentadas vienen a coronar la trayectoria iniciada por Rudi Thomsen y que, si bien era difícilmente objetable —desdeñando los reparos opuestos por la «minicrítica»—, dentro de los límites propios del tema planteado, a saber: la discutida fecha de aparición del denario, ofrecía no obstante presuntos resquicios para la interposición de reservas. La causa residía en la circunstancia de no haber ido más allá del límite propuesto —la fecha averiguada, como era natural— y persistiendo por tanto en el aire la problemática de la fase posterior, es decir, desde el denario hasta Augusto.

Este clima de controversia, en parte debido también a la inercia frente al método crítico inaugurado por Thomsen, paradójicamente derivaba de la obra hasta entonces más completa, de consulta ineludible todavía, pero que precisamente por sus deficientes o poco satisfactorias proposiciones había despertado la necesidad de verificar las revisiones conocidas, incluida la que estoy comentando. Esta obra es la de Sydenham. Atención: no se olvide que, *mutatis mutandis*, el catálogo de Sydenham es plenamente válido y que, una vez más, a él se recurre incluso en esos recientes trabajos que han inspirado cuanto vamos diciendo.

Los resultados establecidos por Thomsen son indudablemente importantes, como cabía esperar de los factores integrantes del objeto de su trabajo, así como del análisis de todos los fundamentos necesarios para esclarecer el referido problema, uno de los más importantes en la historia monetaria romana y que, a partir de él, quedaba vinculado a la citada

(4) Sydenham, Edward A.: *The Coinage of the Roman Republic*. Spink & Son, Ltd., London, 1952.

y bien conocida connotación cronológica. Sin embargo, no es ésta la única utilidad que debe serle reconocida, sino también el establecimiento del esquema monetar que precede y conduce a este momento, la crítica de bibliografía y fuentes, los paralelos históricos, que añaden una proposición de resultados, acaso discutible en algún detalle, pero en conjunto enteramente válida, positiva, convincente y particularmente densa. No creo necesario ni oportuno referirme a otras directrices desarrolladas igualmente en el decurso de su investigación. Lo que sí debe ser destacado a mi juicio, por ser lo más aleccionador, es la novedad de su método crítico, ejercido inexorablemente y paso a paso hasta sus últimas consecuencias. Naturalmente, las conclusiones así alcanzadas fueron motivo para una breve polémica, de matriz preferentemente casuístico y ocasional que, por lo mismo, no tardó en extinguirse, de manera que hoy día apenas se discuten seriamente y no parece presumible haya de volverse sobre ellas, muy especialmente por lo que respecta a la principal, admitida en general sin reservas o con alguna oscilación de alcance no estimable.

Prescindiendo de la consideración de ésa que me inclino a llamar pequeña crítica —«minicrítica» he dicho antes— a causa de lo exiguo de sus dimensiones, con frecuencia anecdóticas y locales, la trayectoria inaugurada por Rudi Thomsen no se transfiere decididamente a un nivel de autoridad fehaciente y sustantiva hasta la aparición de estas obras de Zehnacker y de Crawford. En cambio, su orientación metódica produjo los previsibles efectos, extendiendo su ejemplo a zonas diferentes en el conjunto de la investigación numismática antigua, y en particular por lo que a nosotros atañe. Podríamos afirmar que las actitudes conjeturales, las proposiciones intuitivas, la indulgencia crítica frente a los problemas planteados por la moneda, despiertan automáticamente una sensación de recelo que apunta a la posible inconsistencia y consiguiente rechazo, irreversible ya después de la coherencia producida por estos investigadores coincidentes.

En este orden de cosas no hay que olvidar a Sydenham, que a partir de este momento se consolidará como una clave donde apoyar la unidad común o los paralelos, y la raíz material en ulteriores planteamientos solventes.

Sin necesidad de repetir los argumentos que demuestran la entidad preeminente del fenómeno constituido por la Numismática hispánica, recordemos que los materiales españoles son tenidos en cuenta por los cuatro investigadores, pero con destacada preferencia por Thomsen, quien, para analizarlos, parte de la indispensable concordancia con los autores

precedentes cuyos puntos de vista calibra detenidamente. Ello nos confirma el interés que para nosotros supone el conocimiento de la moneda romana republicana, como ya decía al principio. El manejo de los hallazgos por Thomsen y Crawford merece una atención muy especial y sobre todo observándolo desde «el otro lado», es decir, tal como aparecen englobados en el conjunto de los hallazgos estudiados. No trato aquí de deducir conclusiones de aplicación práctica para nosotros, ni menos de formular apreciaciones críticas. Ni me parecería ético ante la envergadura de la actitud, del *motus* teórico, que todos estos investigadores acreditan, ni lo justificaría el rendimiento esperable que, dados los caracteres propios del cuadro de nuestros problemas, habría de ser ingenuamente exiguo.

Lo importante y lo fructífero es el método demostrado y las óptimas consecuencias que son posibles a partir de unos óptimos y rigurosos trabajos como los aludidos. Nos conviene saber, no obstante, que ni la laboriosidad ni el volumen consiguiente, tan respetables por las razones expuestas, no bastan por sí solos y en nuestras condiciones no pueden ya contentarnos. Si, aunque imprescindibles, son insuficientes, para que dejen de serlo es necesario impregnarlos del rigor que nos muestran las obras comentadas. Esto es lo importante, lo que interesa y la escuela que se debe adoptar, sin perjuicio, antes bien, con el propósito de aplicar criterios propios y válidos realmente; no que lo parezcan o los admitamos así sin más ni más.

¿Qué utilidad inmediata podremos deducir para nuestros problemas todavía no resueltos a plena satisfacción, buscando una mera adecuación a las soluciones casuísticas espigadas entre el sistema de resultados obtenidos por estas obras, con los que aquéllos están indudablemente relacionados, si empezamos olvidando la previa reconsideración de problemas y método según lo que aquí vemos? Lo más probable es que, sin esta precaución, aumente el número de puntos controvertibles, así como las conjeturas presentadas con la apariencia de soluciones más o menos válidas en la esfera de las hipótesis. No olvidemos la calidad y la entidad de las contradicciones que se plantean entre las monedas hispánicas y el plano histórico de fondo sobre el cual se sitúan. No se puede ya, si aspiramos a manejar criterios de mayor solvencia y, por lo mismo, orientables sobre un cuadrante más amplio, diferir el regreso al punto de partida, reemprendiendo el camino desde el principio, comprobando la bondad de lo que se tiene por bueno y renunciando a entablar nuevas cuestiones en tanto alguna previa haya quedado sin solución satisfactoria. Lo contrario habría de representar una incomprensible abdicación

ante una posible mejora de las perspectivas. Perspectivas que, identificándolas con alguna configuración material, se hallarían fuera de nuestro perímetro litoral donde, por ahora, se detiene nuestra expresa intención investigadora. Al decir esto, tenemos muy presente la existencia y el valor de la exploración por zonas más apartadas, donde puede encontrarse explicación a muchas incógnitas concretas. No hacerlo supondría ignorar la capacidad y la probidad de nuestros investigadores. Pero yo diría que se procede con demasiada cautela por lo que a la Numismática se refiere. Confío en que no se me interpretará torcidamente, pues no he querido decir más que me parece percibir una posible escasez de interrogaciones hacia materias o hacia hechos no aparentes o no reconocidos. En otras palabras, hacia el planteamiento del problema también desde «el otro lado».

Me atrevo a esperar que estos trabajos, proyectados más allá del ámbito topográfico que les es propio, habrán de permitir algunas cosas nuevas en nuestros horizontes. La más importante, aplicar nuevos criterios metodológicos en el estudio de nuestras cuestiones, evitando las actitudes apriorísticas, es decir, depurando de prejuicios la consideración y el análisis de los problemas. Prejuicios, juicios antes de, prematuros, cuyo fundamento ya no podemos percibir con claridad y, en consecuencia, se hace necesario aplicarles una crítica retrospectiva hasta sus orígenes. En segundo lugar inducen a la conveniencia de poner fin al confusionismo en las publicaciones donde inventarios ahistóricos pretenden autorizarse bajo el apelativo de catálogos, cuando en realidad apenas se puede reconocer un valor monográfico en sus comentarios —cuando los hay— y monografías que son una mera acumulación de comentarios, sin otro fundamento que el criterio personal más cerrado, postulan la calificación de más altos capítulos en el sistema de soluciones.

Bien comprendo que estas palabras son insuficientes, primero, para ser bien comprendidas; segundo, para disponer de justificación bastante. Por ello admito que no parezcan convincentes. ¿Pueden serlo en realidad? Por lo pronto, para esperarlo habría que añadirles amplitud y detalles, cosa que no es posible hacer aquí. También es cierto que me he propuesto exponer un comentario y no un análisis crítico, ni mucho menos un tratado de metodología. Sin embargo, estimo que las opciones hacia el convencimiento habrían de ser consideradas y debidamente ponderadas. De momento no me importa, antes al contrario, declarar una motivación subjetiva: el efecto estimulante y el imperativo de lo perfectible que suscita la obra bien hecha.

Y, por otro lado, suponiendo favorablemente superados estos motivos de reflexión inicial, los medios de orden práctico para colocarlos en vías de hecho se presentan hartó complejos para que su aplicación no fuera, por lo menos, laboriosa. Ahora bien, ambas objeciones son externas al objeto de la cuestión y dependen de los medios disponibles para resolverlas. Recapitulando: las obras que han conducido a este comentario nos deben incitar a una seria meditación; y el hecho de haber escrito alguna vez sobre las materias referentes hace que me considere igualmente incluido en esta incitación. Precisamente por ello me atrevo a opinar como lo hago y a formular tal proposición. Creo que no cabría esperar cosa mejor que la cooperación en una comunidad de esfuerzos debidamente coordinados.

SINGH, Purushottam: *Neolithic cultures of Western Asia*. Seminar Press, London-New York, 1974, 240 págs. y 74 ilustraciones.

Este libro es el resultado del trabajo realizado por el autor, perteneciente actualmente al Departamento de Historia Antigua India, Cultura y Arqueología de la Universidad de Benarés, en el Instituto de Arqueología de la Universidad de Londres, de 1970 a 1972, y de la visita efectuada a yacimientos y museos arqueológicos del occidente de Asia. Cada uno de los capítulos va acompañado de un apartado bibliográfico muy interesante, ya que recopila numerosas obras, de muy reciente aparición, sobre cada problema. En la introducción se hace historia de la investigación en este terreno y se discute la terminología existente. Partiendo de las clasificaciones de Thomsen y Lubbock, pasando por las de Taylor y Morgan, hasta llegar a las de Childe y Daniel, se pone de manifiesto que los rasgos económicos son los que definen a las sociedades neolíticas. Se recogen las críticas a las teorías de Childe, como, por ejemplo, la de la desecación, invalidada hoy por Butzer, o bien el concepto de «revolución». Otros rasgos señalados por él se han visto, sin embargo, confirmados por posteriores excavaciones. La clasificación de Braidwood, aunque un tanto ambigua, parece la más acertada. Puede decirse, a grandes rasgos, que distingue dos etapas: una de recolección y otra de producción de alimentos, con varias subdivisiones a su vez. Se concluye que la revolución neolítica se basa en la domesticación de la escanda (Emmer), la cebada, la cabra, la oveja, el cerdo y los antecesores del buey, y que las causas de ella pudieron ser varias: el cambio de clima a principios del Holoceno, el avance tecnológico de las más antiguas comunidades neolíticas, el rápido aumento de la población, etc. Actualmente, el estudio de la Prehistoria en el Próximo Oriente se realiza de manera interdisciplinaria. Con el presente trabajo el autor trata de recopilar todos los datos existentes, especialmente los

más recientes, y extraer de ellos, si es posible, modelos generales, sin pretender, en ningún caso, un estudio original, sino algo útil a otros investigadores. La zona estudiada en su obra es la del oeste de Asia: desde la costa Este del Mediterráneo hasta los límites del Este del Irán. En el capítulo 2 se estudia el Levante. Se examinan, como en los otros capítulos, los estudios llevados a cabo en cada zona y, concretamente, en cada yacimiento. En algunos no se dispone más que de estudios preliminares, ya que se trata de excavaciones muy recientes. Aceptando la secuencia de Jericó como la más representativa, nos encontramos con los siguientes períodos culturales:

- Uno de producción incipiente de alimentos (cultura Natufiense), que se da en yacimientos como Al Khiam, Einan, Abu Gosh, Jericó y Beidha.
- Uno protoneolítico, el menos conocido, en Jericó y Nahal Oren.
- Un neolítico precerámico (fases A y B) en Jericó, Beidha, Ramad, Munhata y Mureybit. Posteriormente hay un hiatus cultural y luego un neolítico cerámico (fases A y B), que se encuentra en Jericó, Ramad, Munhata, Ghrubba, Byblos y Ras-Shamra.

A continuación se hace historia de las excavaciones, estudios, estratigrafías y evolución cultural de casi todos los yacimientos citados, a los que hay que añadir Hazorea y Al Kown. Este estudio se repite con los yacimientos de cada capítulo. El 3 se ocupa de Turquía, donde se aprecian dos fases neolíticas:

- Una acerámica (antes del 6.500 a.C.) en yacimientos como Asikli, Hüyük, Can Hasan, Suberde, Hacilar y Çayönü.
- Otra con cerámica monocroma (6.500-5.500 a.C.) en Çatal, Hüyük Este, Can Hasan 4-7, Reis Tümeği, Ilıcın, Mersin y Taurus.

Los yacimientos estudiados son todos éstos más los de Erbaba y Cilicia. El capítulo 4 está dedicado al Irak, donde Braidwood estableció dos fases:

- Una de agricultura incipiente y domesticación animal, evidentes en Zawi Chemi Shanidar, Karim Shahr, M'Lefaat y Gird Chai.
- La de las primeras comunidades campesinas conocida en Jarmo.

A estos yacimientos hay que añadir los de Shimshara, Hassuna, Um Dabaghiyah, Yarim Tepe, Matarrah, Nineveh, Tall Arpachiyah, Chagar Bazar, Baghouz, Tell Es-Sawwan y Choga Mami. La zona sur de Mesopotamia, con la cultura de Eridu, merece mención aparte y se refleja en yacimientos como Eridu y Ras al'Amiya. Por último, el 5 está dedicado al Irán, donde Coon distingue tres estadios:



- El de los cazadores de gacela y buey, de la cueva Belt, que empiezan a domesticar al final del periodo.
- Un Neolítico inicial con cría de cabra y oveja, anterior a la adopción de la cerámica y de las hachas de piedra.
- Y un tercero de domesticación del buey y del cerdo, cultivo de cereales, cerámica, tejido y uso de hachas de piedra.

Se distinguen, fundamentalmente, tres zonas, todas ellas al Oeste del Irán. Las llanuras de Kermanshah (Tepe Asiab, Tepe Sarab, Ganj Dareh Tepe, Godin Tepe y Tepe Guran), las llanuras de Khuzistan (llanura de Deh Luran), con varias fases: Bush Mordesh (acerámica, en Tepe Ali Kosh), Ali Kosh (acerámica, en el mismo yacimiento) y Mohammad Jaffar (cerámica, en el mismo lugar). Por último, la zona del Sureste del lago Reza'iyyeh, en Azerbaijan (valle de Solduz), con tres culturas neolíticas: la de Hajji Firuz (Hajji Firuz, 5.500-5.000 a.C.), la de Dalma (Dalma Tepe, 4.036-4.428 a.C.) y la de Pisdeli (Pisdeli Tepe, primera mitad del IV milenio a.C.). En el Sur del Irán se ha encontrado un nuevo yacimiento neolítico, el de Tepe Yahya (4.500 a 3.800 a.C.). En el resumen final se dedica un primer apartado a la arquitectura. En casi todos los yacimientos aparecen cabañas poco resistentes que son sustituidas por estructuras permanentes de piedra, adobe, etc. Los primeros restos de adobes son de Ganj Dareh (IX milenio). Hacia la primera mitad del VI milenio el adobe se convierte en el principal material de construcción en Irak, Irán, Turquía y la zona del Levante. Entre el 7.000 y el 5.000 a.C. parece que las habitaciones rectangulares reemplazaron a las circulares de las primeras comunidades sedentarias. Otro apartado se destina al estudio de la domesticación de plantas. Las especies principales son: el Emmer (*Triticum dicoccum*) o escanda, cuyo antepasado silvestre era el *Triticum dicoccoides*, domesticado, al parecer, en el valle del Jordán; el Einkorn (*Triticum monococcum*) o espri-lla, descendiente del *Triticum boeoticum*, domesticado por primera vez en el Sudeste de Turquía; la cebada, siendo la más antigua la de dos carreras (*Hordeum distichum*), que deriva de la silvestre (*Hordeum spontaneum*), y la más moderna la de seis (*Hordeum vulgare*). Otras especies son las lentejas, arvejas, bellotas, guisantes, etc.

Los primeros restos de un sistema de irrigación se dan en Jericó, Es-Sawwan y Choga Mami. Sigue otro apartado dedicado a la domesticación de animales, y se estudian especies como el perro, único animal domesticado entre las sociedades cazadoras del acerámico de Hacilar, Suberde y Çayönü. Otros son la oveja, descendiente del *Ovis orientalis*;

la cabra, derivada de la *Capra hircus aegagrus*; el cerdo (descendiente del *Sus scrofa salvaje*), que no se domesticó antes de la primera mitad del VII milenio, y los bóvidos, que se domesticaron doscientos años después que las demás especies. A continuación se estudia la cerámica, señalándose un estadio acerámico en la mayor parte de los yacimientos, y la existencia de recipientes de madera, piedra y cestería, que no desaparecen con la utilización de la cerámica. La primera se da en Ganj Dareh hacia el 7.000 a.C. En Irak e Irán aparece pronto la cerámica pintada, mientras que en Levante, antes de la verdadera cerámica, se da un estadio intermedio con la llamada «*vaisselle blanche*».

Se estudia, finalmente, el comercio de la obsidiana, cuyos centros naturales son Capadocia (Anatolia central) y la región del lago Van (Este de Turquía). Desde aquí se empezó a exportar a Levante, los Zagros y Deh Luran hacia el 7.500 a.C. Con los análisis de espectrografía óptica se puede conocer su procedencia. Por último, un apéndice incluye las fechas de C14 de todos estos yacimientos, que abarcan desde los siglos X al IV a.C. Esta obra presenta un gran interés para cualquier estudioso de los problemas del Asia Occidental y del Neolítico en general. Su principal atractivo reside en la bibliografía y en los datos que el autor recopila y que se nos ofrecen puestos al día y muy completos. Se obtiene una visión clara del Neolítico y su problemática, de la estratigrafía y evolución cultural de cada yacimiento, incluyendo lo hallado en las más recientes excavaciones. La bibliografía, abundantísima y de muy reciente aparición, es, junto con el apéndice dedicado a las fechas de C14, un complemento muy valioso al resto del libro. Por último, las conclusiones obtenidas, fruto de un trabajo serio y minucioso, aparecen sintetizadas en varios apartados que reflejan los temas principales que esta época suscita, a la luz de las más recientes investigaciones. Es, en resumen, un libro de gran utilidad, sobre todo como recopilación completísima, para toda persona interesada en el tema.

ISABEL L. RUBIO DE MIGUEL

J. M.<sup>a</sup> LUZÓN y DIEGO RUIZ MATA: *Las raíces de Córdoba. Estratigrafía de la Colina de los Quemados*. C. S. I. C., Patronato José María Quadrado. Córdoba, 1973.

En el prólogo de la publicación, Juan Bernier refiere los motivos de la excavación del corte estratigráfico en el yacimiento cordobés de la Colina de los Quemados, consecuencia del anhelo de ampliar el panorama cultural obtenido en las excavaciones del «oppidum» de Ategua, y como motivo apremiante, el interés despertado por las cerámicas recogidas, principalmente prerromanas, en las remociones de tierras que se practicaron en el yacimiento para la construcción del puente nuevo. Tras una excavación de urgencia bajo la dirección de Juan Bernier y Javier Fortea, se inició otra campaña durante los meses de septiembre y octubre de 1966, con la colaboración del señor Castejón y Martínez de Arizala y bajo la dirección técnica de José María Luzón y nuestra. Los pormenores de la excavación de un corte estratigráfico y sus resultados constituyen el tema de este estudio.

La excavación del corte estratigráfico en la Colina de los Quemados, en la ciudad moderna de Córdoba, no supuso la excavación de otro más en el contexto arqueológico de Andalucía Occidental, sino el corte pionero, junto al de Carmona (Sevilla), bajo la dirección de Juan de Mata Carriazo y K. Raddatz, que ha proporcionado unas bases necesarias y suficientes para un planteamiento más real y actualizado del primer milenio antes de Cristo. Además, nos acompañó la suerte al encontrar una sucesión de estratos perfectamente definidos, que han ayudado definitivamente a proporcionar una base absoluta para la secuencia cultural en esta zona andaluza.

El trabajo está dividido en tres partes. En la primera se describen los niveles arqueológicos, en donde se detallan los pormenores de la excavación de los 18 estratos registrados, en una potencia estratigráfica de ocho metros. Un segundo apartado estudia la evolución cultural, partiendo del habitat más antiguo, a la par que se describe el material más representativo de cada nivel; incluye también el análisis y cotejo comparativo de los fragmentos. Por último, se propone una cronología para los distintos niveles excavados.

El trabajo consistió en la excavación de un corte estratigráfico en la ladera Sur, de tal manera dispuesto que disponíamos de dos vertederos, al Sur y al Este. El método consistió en excavar por niveles, dejando zonas testigos de los estratos que consideramos más significativos. De esta forma, el cuadro, que comenzó con una superficie de 16 metros cuadrados, quedó bastante reducido en el último nivel arqueológico.

La Colina de los Quemados comienza su historia en el nivel 18, con una cultura representada por cerámicas hechas a mano, de pastas poco depuradas y cocción irregular y superficies alisadas con esmero, sin que ninguna de ellas se haya bruñido. Cerámica totalmente funcional, no ha proporcionado un solo fragmento decorado. Predominan los vasos esféricos, cuencos semiesféricos y vasos carenados. Se trata con seguridad de una cultura autóctona, que en principio fechamos «muy a finales del segundo milenio antes de Cristo». Hoy se podría discutir la fecha e incluso aclarar su origen, probablemente enraizado con las culturas del Bronce pleno del segundo milenio antes de Cristo y en una fecha que colocaríamos hacia la mitad del segundo milenio antes de Cristo.

El estrato 17, que corresponde a un piso de habitación de 10 cm. de potencia, supone la presencia de un material distinto al anterior, y posiblemente de transición al mundo rico de las cerámicas bruñidas del Bronce final.

Posteriormente, y con el estrato 16, comenzó la aparición de los niveles típicos del Bronce final del Suroeste andaluz, con abundantes fragmentos y formas nuevas. Estas formas, características del estrato, son las de cuencos o platos hondos con hombros acuados mediante carenas, que proporcionan una sección en S.; vasos bicónicos con golletes y otras más. Los fragmentos poseen pastas mejor cocidas y las superficies están bruñidas. Junto a estos fragmentos de calidad, recogimos otros de

superficies más toscas, de cuellos bruñidos y cuerpos rugosos. Se trata de una etapa anterior a la colonización fenicia, fechada con probabilidad a comienzos del milenio I a.C.

Sobre este nivel, de unos 90 cm. de potencia, se dispusieron una serie de pavimentos, a base de finísimas capas de arcilla pintadas de cal, que etiquetamos como nivel 15. Como es fácil suponer, los fragmentos cerámicos fueron escasos y poco significativos.

El nivel 14 está determinado por la presencia de un muro de cantos rodados de gran tamaño y de forma circular, según se dedujo del segmento de círculo que de su planta se pudo excavar. Es un nivel más moderno dentro del gran estrato del Bronce final e inmediatamente anterior a los primeros estímulos orientales en este yacimiento cordobés. Se observa una ligera evolución respecto al estrato 16, proporcionando numerosos fragmentos de grandes vasos de cuellos acampanados de casi 60 cm. de diámetro de boca y 1 m. de altura en algunas ocasiones, junto a otros fragmentos de formas semejantes a los anteriores que no lo gran su calidad.

Sobre la destrucción de esta habitación y su relleno se dispuso un pavimento de adobes —de piezas de 30 cm. de longitud y 6 m. de grosor— sobre el que había, esparcida, gran cantidad de escorias de cobre. Nos referimos a los estratos de 13 y 13x. El material no aportó ningún dato concreto sobre su filiación cultural y cronológica.

Sobre el pavimento de adobes se acumuló un estrato de tierra mezclada con carbón y restos de fuego de unos 50 cm. de potencia, donde no apareció ningún resto de muro correspondiente al pavimento. Fue debidamente numerado como nivel 12 y aportó los primeros materiales de los colonos orientales, mezclados con las viejas formas indígenas. Hace su aparición el torno rápido, con el que se modelan vasos decorados mediante bandas y círculos de colores rojos y negros, ánforas ovoideas, platos de pastas claras y grises, etc. Hay que suponer que gran parte de este material fuera de importación. Junto a él se recogieron fragmentos de ollas de barro negruzco, de cuello cóncavo y hombros decorados con impresiones digitales o pellizcos. La cerámica indígena está representada por vasos de pastas finas, bien cocidas y bruñidas, de color negro intenso, decorados en ocasiones mediante líneas paralelas bruñidas y entrecruzadas que dibujan rombos. A este estrato se le puede asignar una cronología en el siglo VII a.C., a tenor de la cerámica fenicia, fechada en otros yacimientos.

El estrato 11 estaba determinado por la presencia de dos muros que corresponden a dos fases distintas de construcción, con pavimentos que los diferencian. Del estudio del material se puede deducir la imposición del elemento extranjero sobre la cultura indígena, de manera que ésta llega casi a desaparecer. Además, en este mismo material orientalizante se nota una evolución con cerámicas y decoraciones más descuidadas.

En el estrato posterior, número 10, hemos podido distinguir lo que con justicia denominamos «fase orientalizante local», con una producción cerámica de pastas y motivos decorativos de peor calidad que los anteriores, que parecen preludir el fenómeno ibérico. Los motivos decorativos poseen un carácter más industrializado y las pinturas usadas son más diluidas, perdiéndose el barniz rojo coral de los primeros tiempos de la colonización.

A esta fase, denominada «orientalizante local», se superpone el estrato 9, constituido por una capa de ceniza y carbón de 20 cm. de potencia máxima y representa una fase de transición entre lo orientalizante y lo ibérico. Los materiales que caracterizaron el estrato fueron los platos, unas veces en pasta gris y otras de barro claro con el labio pintado de rojo.

Los estratos 8 y 7, acumulados sobre el anterior, se diferenciaron por ligeros matices que presentaban las tierras, aunque en el cotejo de las cerámicas no pudimos hacer distinciones. Es un momento totalmente ibérico. Las cerámicas se decoran con pinturas mucho más diluidas y de tonos violáceos que aparecen ahora por vez primera. Hay que anotar la aparición de un asa de kylix ático que reforzó la cronología propuesta para este estrato.

Los estratos superiores —6, 5 y 4— corresponden, en realidad, a un mismo momento. Representan las manifestaciones materiales cerámicas de los siglos III y II a.C. En los motivos decorativos y calidades de pastas se pueden anotar algunas apreciaciones. Los círculos concéntricos se substituyen ahora por segmentos de círculos, por lo general semicírculos, apoyados en una banda. La decoración ocupa menos superficie que en las cerámicas del nivel 9, de influencia orientalizante, dejando más espacios en reserva. Finalmente, la calidad es más grosera.

Por último, y sin que pudiéramos distinguir un estrato de época romana, excavamos los estratos 3, 2 y 1, asentados sobre los niveles ibéricos más modernos y corresponden ya a la época árabe.

Como colofón de este estudio se aborda el tema de la cronología, que ha quedado propuesta como sigue:

Nivel 18 ... ..	Fines del II milenio a.C.
Nivel 17-16 ... ..	Siglos x-ix a.C.
Nivel 15-14 ... ..	Siglo VIII a.C.
Nivel 12 ... ..	Siglo VII a.C.
Nivel 11-10 ... ..	Siglo VI a.C.
Nivel 9 ... ..	Siglo v a.C.
Nivel 8-7... ..	Siglo IV a.C.
Nivel 6-5-4 ... ..	Siglo III y comienzos del II a.C.

El trabajo, como se ha podido deducir en el transcurso de este resumen, es de interés para el estudio del I milenio a.C. en el Suroeste peninsular, constituyendo una buena hipótesis de trabajo para los problemas planteados en estos mil años de historia. La claridad con que se presentaron los niveles nos ha ayudado en gran manera en la distinción de las sucesivas fases culturales del yacimiento —sucesión arqueológica para otros yacimientos de este ámbito— y a la posibilidad de establecer una cronología absoluta que esperamos confirmar mediante excavaciones en otros yacimientos afines del mediodía peninsular.

DIEGO RUIZ MATA

LOMAS SALMONTE, Fr. Javier

*Asturia prerromana y altoimperial*

Anales de la Universidad Hispalense

Serie: Filosofía y Letras. Núm. 32-1975. 279 págs. 6 mapas

Publicaciones de la Universidad de Sevilla

Nos hallamos ante una obra cuyo interés primordial radica en la síntesis que ofrece sobre una de las etnias más características del Noroeste hispánico: los astures.

Hasta el momento no disponíamos de ninguna obra de conjunto actualizada sobre el tema, y forzosamente nuestras referencias oscilaban entre el conocido y superado discurso del Prof. Uría en la Universidad de Oviedo en 1941, la clásica obra de Schulten (*Los cántabros y astures y su guerra con Roma*. Madrid, 1943) y el estudio de J. M. Roldán sobre las fuentes literarias (Zephyrus, núms. 21-22, 1970).

La obra de Lomas Salmonte, con numerosas notas al pie de página, una abundante bibliografía, y unos índices completos, constituye una importante y ya imprescindible aportación al tema de la romanización del Noroeste, tema que por otra parte cuenta con publicaciones recientes de gran interés, como la de C. García Merino para el Conventus Clunienis, y los trabajos sobre diversos aspectos realizados por miembros de los Departamentos de Arqueología de las Universidades de Santiago y Valladolid.

El autor pretende esbozar los rasgos más notables de las vicisitudes por las que atravesó la población astur en época romana. Para ello tiene que partir necesariamente de los tiempos anteriores a la conquista romana del territorio. Por esta razón, el libro está dividido en dos partes, una dedicada a Asturia prerromana y otra a Asturia altoimperial.



En la primera parte, que comprende cinco capítulos, se analizan los límites del territorio astur, las características del Bronce Atlántico en el territorio, la cultura y etnografía hallstática y posthallstática y los rasgos generales de la economía.

El autor acepta los límites occidentales de Asturias señalados por Sánchez Albornoz en sus conocidos trabajos sobre el tema, a la vez que revisa y sitúa de manera más convincente los límites orientales de los astures transmontanos y del alto valle del Porma. Se pronuncia también por la posibilidad de que ambrones e ilirios sean quienes, con un barniz indoeuropeo adquirido en el tránsito por Europa, llegarán en el Bronce Atlántico a las costas septentrionales. Reafirma la marginación de los pueblos astures que no sufrieron las invasiones del siglo VIII, diciendo que nos vemos obligados a «esperar a mediados del siglo III para que se produzcan fenómenos de refracción en el primitivismo astur».

Apoyando sus argumentos en el escaso material posthallstático encontrado —la orfebrería pertenece al mundo cultural galaico-portugués—, el autor afirma la escasa celtización o indoeuropeización del territorio, con la única excepción de la indoeuropeización idiomática (Antroponimia y Teonimia), de la que no se infiere necesariamente la indoeuropeización de la sociedad.

Al abordar el tema de las gentilidades y centurias, analiza los caracteres de estas «subfracciones» sociales cuya pervivencia en época romana es indiscutida, al igual que la pervivencia de las manifestaciones religiosas indígenas, que Roma respetó, utilizándolas en su provecho.

La nota predominante del mundo astur prerromano es la ruralidad, el arcaísmo, con la persistencia de una agricultura extensiva (rozas), de una ausencia de ganadería e incluso de pastoreo, y con una marcada preponderancia femenina, pues la mujer trabaja el campo y posee por tanto la fuerza económica.

En la segunda parte del libro, dedicada a Asturia altoimperial, el profesor Lomas Salmonte aborda amplia y detenidamente el problema de la guerra de los cántabros y astures con Roma. De los siete capítulos que comprende esta parte, cuatro están dedicados al estudio de estas guerras y tres a la reconstrucción histórica del conventus, con atención especial al estudio de Asturica Augusta, la capital del mismo.

Los capítulos de las guerras son a nuestro juicio los más valiosos del libro. El autor supera cualquier condicionamiento de las grandes autoridades sobre el tema, especialmente la de Schulten. Con un gran dominio de las fuentes, con una revalorización de las aportaciones del P. Flórez,

y sobre todo de los estudios de sir Ronald Syme, llega a una estructuración convincente de las guerras cantábricas. Distingue dos momentos cumbres: la guerra cántabra del año 26, en la que *solamente* se luchó contra los cántabros, y la guerra del año 25, en la que *solamente* intervinieron los astures. Partiendo de las reducciones geográficas de topónimos que aportan las fuentes, el Prof. Lomas Salmonte elabora un nuevo mapa de las dos campañas, situando definitivamente el tan discutido Mons. Vindius en los valles altos meridionales de la cordillera cantábrica entre Palencia y Santander, y el no menos problemático Mons. Medullius en la confluencia del Sil y el Cabrera.

En los capítulos finales dedicados al estudio histórico del conventus, si bien compartimos básicamente las conclusiones del autor sobre la obra de los Claudios y los Flavios en el Noroeste, pensamos, sin embargo, que un estudio más detenido de los yacimientos arqueológicos daría una visión más completa del conventus. El autor cita, por ejemplo, las explotaciones mineras, pero dice muy poco del tipo de asentamiento en relación a ellas. El estudio llega a reducirse demasiado a la aportación de datos sobre Asturica Augusta, cuando recientes trabajos sobre la actual Asturias o la comarca del Bierzo demuestran que es necesario ampliar el horizonte o, si se quiere, clarificar el contenido del término romanización.

Creemos que está aún por demostrar la tantas veces repetida ausencia de romanización de la Asturias transmontana, sobre todo porque ni arqueólogos ni historiadores se han puesto de acuerdo en el contenido exacto del término, como he dicho antes, ni se ha elaborado una metodología seria para el estudio concreto de las regiones del Imperio consideradas marginadas.

Pensamos además que el autor se ha tenido que ver necesariamente condicionado en su trabajo al poner un límite convencional entre Alto Imperio y Bajo Imperio, por lo que nos vemos obligados a considerar estos capítulos finales como estudios preliminares, capítulos abiertos a otros trabajos sobre Asturias bajoimperial, y sobre todo como una constante sugerencia para la realización de trabajos de campo, pues únicamente con nuevas y sistemáticas excavaciones podremos llegar a una auténtica reconstrucción del pasado de la Asturias romana.

Hemos echado en falta una mayor calidad en la presentación del libro, siendo especialmente lamentable la ausencia de fotografías e ilustraciones. El estilo es conciso y claro, lo que contribuye a revalorizar la obra y a hacer su lectura más agradable a los estudiosos del tema.

CARMEN FERNÁNDEZ OCHOA

THÉREL, Marie-Louise: *Les symboles de l'«Ecclesia» dans la creation iconographique de l'art chretien du III<sup>e</sup> au VI<sup>e</sup> siècle*. Roma, 1973, 149 páginas, XLVI láminas, 13 págs. de bibliografía y 14 págs. de índices, folio mayor.

Recoge esta obra, prologada por el recientemente desaparecido Cardenal Danielou, la tesis doctoral de su autora, elaborada bajo la dirección del profesor André Grabar y presentada en la Facultad de Letras de la Universidad de París en junio de 1966. Dificultades diversas han retrasado la publicación de este estudio, que finalmente la doctora Thérrel, siguiendo los consejos de personalidades en el campo del arte paleocristiano, tales como los profesores Bruyne, Marrou y Bourguet, se ha decidido a publicar en las «Edizioni di Storia e Letteratura» de Roma. La actual edición ha sido enriquecida en sus notas bibliográficas.

El tema abordado, como su título indica, es amplio y ha requerido un manejo extenso y hábil de las fuentes escritas y monumentales. Este es, a mi juicio, el aspecto más valioso de las múltiples aportaciones que la obra encierra.

Consta ésta de una introducción de 10 páginas en la que M. Louise Thérrel presenta el significado de la imagen de la mujer en el mundo clásico, en las religiones helenísticas, en el Antiguo Testamento y en el Nuevo. Concluye esta introducción su autora afirmando que durante los primeros siglos, cuando la comunidad cristiana acoge cada día a nuevos bautizados, pero también sufre persecuciones y se enfrenta con el problema de las herejías, la literatura cristiana presenta a la Iglesia en su función maternal: es el seno que da vida a los nuevos bautizados, que los salva de la muerte y les alimenta con la palabra y los sacramentos. La época de paz otorgada por Constantino abre, en cambio, un nuevo período a la concepción y representación de la Iglesia: es ahora la Ciudad Celeste, la Virgen Orante y, finalmente, la Theotokos, cuya

maternidad divina simboliza la misión de la Iglesia, que continúa a lo largo de los siglos engendrando y criando a su hijos para la vida divina.

Dos partes, correspondientes a estas dos etapas, tiene la obra de la doctora Thérél: la primera corresponde a la iconografía de la Iglesia durante los tres primeros siglos. Son los textos de San Clemente, Hermas, San Ireneo, San Hipólito, Tertuliano, San Cipriano y, sobre todo, Orígenes los que ilustran la figura de la Iglesia en su función maternal, figura que, en un momento en el que prevalecen los símbolos de la salvación, salpica la catequesis cristiana y la iconografía funeraria. La autora analiza, con variados ejemplos que son estudiados detalladamente, los símbolos diversos bajo los que la «Ecclesia» aparece: el Paraíso, el agua, las escenas de enseñanza, los convites o refrigerios.

En la segunda parte se estudian los temas simbólicos de la Iglesia en el arte monumental de los siglos IV y VI. Es el momento en el que se empiezan a construir las basílicas. El propio Constantino y su madre, Santa Elena, toman la iniciativa de estas grandiosas construcciones que ofrecen, en sus ábsides y muros, extensas superficies aptas para ser decoradas. Es entonces cuando se elaboran y triunfan en ábsides y arcos las imágenes teofánicas en relación con el culto y su función sagrada, mientras que para los muros laterales se prefieren las escenas narrativas. Esta organización iconográfica era ya patente en la decoración de la sinagoga de Dura Europos, de la que el profesor Grabar —afirma la doctora Thérél— ha puesto en evidencia el esquema que ha presidido la distribución de los temas iconográficos, esquema que parece haber inspirado al creador del programa iconográfico de Santa María la Mayor. La «Ecclesia» es representada ahora bajo el símbolo de la «*Traditio Legis*», o en la escena de Cristo rodeado de los Apóstoles, o bajo la figura de la Ciudad Celeste o el Reino. Es, sobre todo, la Orante de las Theofanías la que, partiendo de la primitiva representación del difunto o difunta que da gracias por su salvación (tema que el arte paleocristiano hace suyo desde los primeros momentos), llega a ser, dentro de la iconografía monumental, figura de la «Ecclesia», vuelta a su Señor, en espera del triunfo final, cuando será coronada por El, tal como aparece en la conocida puerta de Santa Sabina. Finalmente es también símbolo de la Iglesia la imagen de la Theotokos, adoptada a partir del Concilio de Efeso y que evoca claramente la función maternal de ambas. Las fuentes evidencian que el pensamiento teológico elabora un paralelismo entre la Virgen que presenta a Cristo al mundo en el día de la Epifanía y la Iglesia que continúa esta obra a través de los tiempos.

La obra de Marie-Louise Thérél podría parecer audaz y subjetiva en la interpretación de ciertas imágenes si no estuviera continuamente refrendada por los textos. Estos, tanto en las referencias como en las abundantes citas, enriquecen el estudio, así como también las 46 láminas que lo acompañan. Felicitamos a la doctora Thérél y auguramos que otros temas iconográficos paleocristianos lleguen a ser tratados también con tal amplitud y profundidad.

MARÍA DE LOS ANGELES ALONSO SÁNCHEZ

ROSELLÓ-BORDOY, Guillermo: *Corpus Balear de Epigrafia Arabe*. Trabajos del Museo de Mallorca, 18. Separata de Mayurqa, 13, 1975.

Son ya numerosas las ocasiones en que los especialistas se han pronunciado sobre la necesidad de recopilar en un único corpus toda la serie de inscripciones árabes existentes en la Península, de las que sólo poseemos, salvo contadas excepciones, síntesis parciales, faltas, en el mejor de los casos, de una adecuada puesta al día. Sin embargo, a pesar de que por ahora no exista ningún equipo que acometa sistemáticamente la tarea, no faltan autores animados a llevarla a cabo en solitario. Tal es el caso de Guillermo Roselló-Bordoy, cuya labor en el ámbito de la arqueología hispano-musulmana, aunque no sólo a éste se circunscriban sus actividades, es ciertamente elogiabile. Toda la serie de trabajos por él publicados con relación a ella y gracias a las especiales características de que las Islas Baleares gozaron en el marco de la España musulmana son, hoy por hoy, de un enorme valor, por cuanto están comenzando a darnos las primeras seriaciones tipológicas y las primeras fechas relativas, con criterios puramente arqueológicos, de todas cuantas hasta el momento la arqueología hispanomusulmana —lo que es casi decir la arqueología medieval— posee para la Alta Edad Media en el campo de la cerámica.

Recoge el trabajo un total de cincuenta y ocho epígrafes, entre los que cabe mencionar por su especial interés la presencia de veintiún grafitos escritos sobre objetos cerámicos —seis de ellos proceden de Mallorca y los otros quince de Menorca—, por más que la oscuridad de algunos obligue a volver sobre ellos en el futuro. Vienen a poner de manifiesto este tipo de inscripciones la existencia de una epigrafía árabe no monumental —englobando en este término no sólo aquellos epígrafes que lo poseen *per se* sino a todos los que por su funcionalidad se realizaron, con mayor o menor habilidad y riqueza, sobre una materia menos frágil— conocida, desde luego en muchos otros ejemplos —cabe mencionar a este respecto las firmas de alfarero existentes en algunas de las cerámicas de mesa de Medinat al-Zahra—, pero nunca publicada como tal.

Parece, pues, necesario, a la vista de todo ello, la reunión en una única obra, de todo el material epigráfico hispano-árabe existente en nuestro suelo, acompañado del adecuado aparato metodológico —siguiendo el ejemplo del caso comentado—, contando, claro está, con una normativa unificada, partiendo de lo hasta ahora publicado e inventariando todo aquello que aún lo sea.

FENANDO VALDÉS FERNÁNDEZ